

mano del papa Zacarías el hábito de la religion, y fué á sepulturar su grandeza en la soledad de Monte Casino, en donde vivió en los ejercicios de la vida monástica. Por su retiro la monarquía francesa no tuvo mas cabeza que á Pepino, el qual queriendo ocultar baxo un derecho legítimo en la apariencia la autotidad que su abuelo, su padre y él habian usurpado á los descendientes de Clodoveo, envió una embaxada á Roma para consultar al papa Zacarías acerca de la conducta que debian tener los franceses en las coyunturas en que se hallaba el reyno. La respuesta del pontífice fué como se debía esperar de él, conforme á las intenciones del que le consultaba, al deseo de la nacion y á los intereses de la santa silla, que estaba en todo obligada á la familia de Pepino. Y así no dudó este decidir que seria conveniente al buen orden en sus principios dar el título de rey al que tenia el poder, y cumplía con las obligaciones de tal. A esta expresion se arreglaron los franceses, y eligieron y proclamaron á Pepino en una asamblea de los grandes y del clero en Soisons, y le consagró solemnemente san Bonifacio, arzobispo de Maguncia, en 752, del qual hablaremos mas adelante. Childerico III., último rey de la sangre de Clodoveo, fué á acabar sus dias en el monasterio de Sitien, llamado despues san Bestin, y Teodorico su hijo acabó los suyos en el de Fontemeles, conocido hoy por el nombre de san Vandrile. Así acabó la primera rama de los reyes de Francia, que habian ocupado el trono mas de doscientos y setenta años desde que los francos habian formado un establecimiento fixo en las Gaulas.

Astolfo y Desiderio, reyes de Lombardía, cuya ambicion inquietaba el reposo de Italia, y suscitaba todos los dias nuevas inquietudes á los pontífices, experimentaron las armas de Pepino. Deshecho el primero, perseguido y sitiado en su capital, se vió reducido á rescatarse por aquel famoso tratado que puso al vencedor en estado de enriquecer á la santa silla, y darle no solo mas tierras y rentas, sino tambien ciudades y territorios harto dilatados para formar los principios de un estado, que en lo sucesivo llegó á ser mas vasto y mas importante. El segundo, sin embargo de sus freqüentes revoluciones, de sus alianzas con príncipes extrangeros, y de los artificios de su política, se vió obligado á executar lo que su predecesor habia pro-

metido. De este modo se echaron por la magnificencia y piedad de los príncipes franceses los cimientos de la grandeza temporal de los papas, cuyo poder llegó con el tiempo á ser otro tanto mas temible, como que los derechos de la soberanía se hallaron unidos á un poder sagrado, del qual los que se han revestido no conocieron siempre el uso legítimo, ni los términos en que debian contenerse.

Pepino, dichoso heredero del talento y del poder de sus padres, pacífico poseedor de un trono que parecia abandonado por la posteridad de Clodoveo; cubierto de gloria por sus acciones, digno por su talento de mandar á una nacion generosa y guerrera; bienhechor de la santa silla, y protector de la Iglesia por las ricas donaciones que habia hecho á su cabeza, murió de resultas de una hidropesía en 768, que era el quinquagésimo quarto de su edad, y el vigésimo de su reynado desde la muerte de Cárlos Martel su padre, ó el décimosexto, no contando sino despues de su eleccion y consagracion en la asamblea de Soisons. Dexó por sucesores á Cárlos y á Carlo Magno sus hijos, entre los quales dividió el imperio Frances. El segundo de estos príncipes, que vivieron siempre en la mas perfecta union, murió en el año 771, y el mayor se hizo dueño, con consentimiento de los prelados y de los grandes de toda la monarquía con perjuicio de sus sobrinos. Este es aquel Cárlos á quien hicieron lo grande de sus acciones y la elevacion de su carácter digno del sobrenombre de Carlo Magno. En el siglo siguiente trazaremos el quadro de su reynado, cuyos sucesos gloriosos merecen una atencion particular, así por la grandeza que los caracteriza, como por las mudanzas que ocasionaron en la constitucion política de la Europa.

La revolucion que prepararon los vicios de Witiza, soberano de los visogodos en España, llegando á su término con los desórdenes á que se abandonó Don Rodrigo su sucesor, fué causa de que pasase al dominio de los sarracenos la mayor parte de este reyno. Ya habian hecho estos la conquista de todo lo que los reyes de España poseian de la otra parte del estrecho en donde los antiguos habian puesto las columnas de Hércules. Desde entonces pensaban en pasar al continente, y someter las hermosas provincias en que los visogodos habian establecido

su poder, desde que habia caído el imperio romano en el Occidente, esperando que despues de hacerse dueños de ellas, no hallarian dificultad en extenderse léjos hácia el Norte, ni en sojuzgar toda la Europa. Y en efecto, al punto se ha visto con cuánto ardor siguieron la execucion de este gran proyecto, el qual probablemente les hubiera salido bien, si no fuera por el valor y actividad del intrépido Cárlos Martel. La revolucion que puso á la España en manos de los musulmanes, unos dicen que fué ocasionada por la pusion que tuvo Don Rodrigo á la hija del conde Don Julian, y otros á la muger de este guerrero famoso por sus grandes hazañas, y uno de los apoyos mas seguros del trono (a). Habiendo salido inútiles á Don Rodrigo los medios de seduccion que puso para corromper el objeto de su impura llama, se valió de la violencia, y llevó al cabo su crimen. Irritado el conde Don Julian por el sentimiento de este ultraje no respiraba sino para vengarle, y á este fin llamó á Muza, general de los sarracenos de Africa, á quien habia dado á conocer muchas veces su capacidad y valor en los combates. Muza se aprovechó de esta ocasion tan favorable á sus deseos, y baxando á España á la frente de un ejército, se apoderó de todas las plazas que el conde Don Julian le habia ofrecido entregarle, y adelantó las operaciones de la guerra con tanta actividad, que en poco tiempo reduxo á Don Rodrigo al único recurso de dar una batalla decisiva. Habiendo este príncipe reunido todas sus fuerzas, pasó á presentarla al general de los sarracenos en un sitio nombrado Xerez, á las márgenes del rio Guadalete. Declaróse la victoria por los musulmanes que hicieron una espantosa carnicería en los christianos, y Muza se aprovechó de esta

(a) La crónica de España, llamada Emilianense, que por su antigüedad merece algun crédito, dice que los hijos de Witiza, quejosos y en venganza de que les hubiese usurpado la corona Don Rodrigo, por medio de embaxadores ocultos ganaron el favor y proteccion de Alitámir Alamauminin, hijo de Abdelmelik, rey de Africa, quien envió á su socorro dos poderosos ejércitos, acaudillados por Tarik y Muza, famosos capitanes, quienes derrotaron á las tropas de Rodrigo, y las pusieron en vergonzosa fuga, sin que hasta aqui se supiese la suerte del desgraciado rey, y llevando adelante sus victoriosas armas, en breve quedó sujeta al yugo sarraceno la mayor parte de la España; lo que prueba que los amores de Rodrigo á la Caba, hija del conde Don Julian, fueron supuestos y una ridícula y despreciable patraña, maliciosamente inventada por los árabes, como se puede ver en el excelentísimo *Blondejar, Pellicer y otros.*

primera felicidad de sus armas como hábil general; y para conquistar de una vez á toda la España, dividió su ejército en tres cuerpos, de los quales cada uno obró por su parte con tanto vigor, que en poco tiempo todo el pais quedó sometido á sus leyes, sin quedar ciudad importante que no fuese estrechada por la fuerza, ó sometida por capitulacion. Así el poder de los califas, que habia trastornado el trono de los persas, y colocado el centro de su dominacion sobre las riberas del Eufrates, se habia extendido en ménos de un siglo hasta las extremidades del Occidente, sin reconocer ya mas límites que el Océano Occidental. Los pocos visogodos que escaparon de las armas musulmanas, echados de sus antiguas posesiones, se refugiaron en las montañas de Asturias, baxo la conducta de Don Pelayo, uno de los mas grandes señores y mas ricos de esta provincia, á quien eligieron por rey. Con este motivo se formó en parages montañosos y casi inaccesibles un poder nuevo, que siendo siempre rival del de los sarracenos, y estando siempre en guerra con ellos, proveyó de vengadores á la España, y llegó finalmente al cabo de muchos siglos á ponerla en libertad para siempre del yugo de los infieles.

La forma del gobierno permanente de Inglaterra siempre era la heptarquía, compuesta de unos pequeños príncipes aun medio bárbaros, á pesar de la profesion del christianismo que habian abrazado, honrando poco el trono por su corto talento, y poco la religion por falta de virtudes. La historia habla solamente de sus enemistades, de sus guerras, de las usurpaciones de los unos á los otros, y de sus destrozos. La mayor parte se apoderaba del cetro por violencia y de mano armada, para abandonarle casi al punto á un rival mas feliz, ó á un asesino, que muere tambien á su tiempo por el esfuerzo de un enemigo tan indigno como el de subir al trono de los reyes. Resultaba no obstante de este choque continuo de los diferentes miembros de la confederacion una suerte de equilibrio, que balanceaba el poder y las fuerzas, é impedia que todos estos soberanos, envidiosos los unos de los otros, y atentos á observarse, no se engrandeciesen á costa de la union y del bien comun. En medio de estas quejas, cuyo único arbitrio era la espada, no podian ser felices los pueblos, porque la barbarie y el estado de la guerra no eran por su

naturaleza sino unos manantiales fecundos de turbaciones, injusticias y calamidades.

En el Norte de la Europa se iban formando soberanías, cuyos principios aun eran muy endebles y muy oscuros, si subimos á su origen, y disipamos las tinieblas que cubren su cuna. Las naciones septentrionales solo fueron conocidas al paso que la religion christiana fué penetrando en ellas, y les dió luces, principios de moral, é ideas de orden y de virtud. Hablaremos de ellas quando describamos los trabajos de los varones apostólicos que les llevaron la luz de la fe, y fueron para ellas los fundadores de la sociedad ni mas ni ménos que los *autores de su conversion al Evangelio*.

## ARTICULO II.

*Progresos del mahometismo y del poder de los califas.*

Quando hemos hablado de Mahoma y de su religion en el siglo precedente, solo nos hemos dedicado á dar á conocer este célebre impostor y el sistema religioso que intentó substituir al antiguo culto de su nacion, delineando rápidamente su historia, y mostrando los medios de poner en execucion el asombroso proyecto que habia discurrido, y siguiendo tambien sus empresas y los progresos del eslamismo hasta su muerte, que acaeció en 633. Pero como aquel artículo ya se hacia largo, nos hemos remitido á este para volver á tomar en él el hilo de los sucesos, subiendo otra vez á la época en que lo hemos dexado. No habiéndose, pues, establecido la religion musulmana, ni propagado sino por las armas, su historia no viene á ser otra cosa que una historia de conquistas mas ó ménos rápidas con que se señalaron los reynados de los soberanos que se vieron suceder al poder de Mahomet en el orden político y religioso.

Este fundador del eslamismo no designó al morir al que despues de él se habia de revestir de la doble autoridad que habia exercido. Los que habian participado principalmente de sus hazañas y confianza, disputaron el derecho de sucederle. Allí, primo y yerno suyo, pretendia como heredero con mas fundamento que otro ninguno, y

sin embargo le separaron del trono por el crédito que tenia Ayesha, viuda de Mahomet, y la mas querida de sus mugeres á pesar de las freqüentes infidelidades y de haber jurado un odio irreconciliable á Alí, porque no le habia correspondido á los tiernos afectos que dicen que ella le tenia. Esta muger, á quien respetaban por extremo todos los buenos musulmanes, acertó á ganar las voluntades con tanta destreza, que hizo recaer la eleccion de los árabes en Abubequer, uno de los capitanes que se habian formado al mando de Mahoma, y habia mostrado mas inclinacion á su persona, y manifestado mas zelo por su religion. Tomó el título de califa, esto es, vicario ó lugar-teniente del profeta, para dar á entender que Mahoma aun despues de muerto presidia siempre al destino de su pueblo de manera, que las cabezas de la religion y del estado que despues de él llegaban al mando supremo, eran unos representantes suyos en el exercicio del poder que él les habia transmitido.

El primer cuidado de Abubequer fué juntar en un volumen las hojas desunidas en que Mahoma habia escrito sus revelaciones y preceptos. Dividióle por capítulos sin observar por eso orden alguno en la conexion de las materias, porque en efecto no lo habia observado el mismo Mahoma en sus ideas ni en los asuntos que trataba. De este trabajo del primer califa resultó el libro sagrado de los musulmanes que nombraron Alcoran del artículo *al*, y la palabra árabe *Koran*, que significa, como hemos dicho, *lectura ó escritura*, porque como este libro divino contiene segun ellos todo lo que se ha de creer y obrar para salvarse, esta es la *lectura ó escritura* por excelencia.

Abubequer despues de haber acabado esta obra, que era monumento del amor que habia tenido á su amo y de su piedad, solo pensó en seguir el proyecto que habia formado Mahoma de someter toda la tierra á su religion; y así comenzó por atacar ciertas tribus árabes que habiendo abrazado por temor el eslamismo, habian tornado á su antiguo culto desde que habian visto á Mahoma en el túmulo, y por el mismo motivo habian sacudido tambien en otros pueblos del Oriente, sometidos rápidamente, el yugo despues que habia muerto el conquistador. El principal objeto de la política de Abubequer mientras poseyó la dignidad de califa fué volverlos á la obediencia por el terror de las